



LA CUERVA Y EL CUERVO

Me había quedado con una cosa en el cuerpo que no me podía callar.

Aunque de mala gana, desde una colina peñascosa, dirigía mi mirada al cielo en busca de una constelación austral, como quien mete sus pies en un cercado donde se echan las castañas recién cogidas para que se acaben de madurar.

Sentía en mi cuerpo los cuescos, huesos de fruta, que acababa de devorar.

Sobre la piedra redonda en que la viga aprieta los capachos en los molinos de aceite, vi posados una cuerva y un cuervo, aves del género buitre, que jugueteaban entre ellos con un hueso de aceituna, al estilo que lo hacen una vieja y un vejo, juntando sus bocas, en el Centro de Día de la Villa.

Sobre los hombros o a las espaldas, se me hacía el terreno pendiente cuesta arriba.

Un sujeto, que se me pareció a Edgar Alan Poe, palmípedo él, pasó a mi lado y se detuvo diciéndome:

-Arribaos, torgado, que tras la cuesta está lo llano; tú que no puedes, llévame a cuestas; para las cuestas arriba quiero mi mulo, que las cuestas abajo yo me las subo.

Me parecieron interesantes sus decires, recordando aquello de: “cual el cuervo, tal su huevo”.

Nimiamente solícito, el cuervo ponía diligencia y atención en la ejecución de flirtear con la cuerva; a lo que ella asistía apocada, con poca resolución y ánimo.

En un instante, el cuervo, experimentado y escarmenado por los infortunios que en su vida había sufrido, picoteó a la cuerva por la parte de popa y, dirigiéndose a su frente, le sacó un ojo.

La cuerva, como no quería dar con el culo en las goteras, se abalanzó sobre él, desplumándole todo el trasero, exclamando:

-Quitósele el culo al cuervo y acabóse el parentesco.

-Daniel de Culla